

Poesía vertical

Roberto Juarroz.

1

Una red de mirada
mantiene unido al mundo,
no le deja caerse.
Y aunque yo no sepa qué pasa con los ciegos,
mis ojos van a apoyarse en una espalda,
que puede ser de dios.
Sin embargo,
ellos buscan otra red, otro hilo,
que anda cerrando ojos con un traje prestado
y descuelga una lluvia ya sin suelo ni cielo.
Mis ojos buscan eso
que nos hace sacarnos los zapatos
para ver si hay algo más sosteniéndonos debajo
o inventar un pájaro
para averiguar si existe el aire
o crear un mundo
para saber si hay dios
o ponernos el sombrero
para comprobar que existimos.

2

Hay que caer y no se puede elegir dónde.
Pero hay cierta forma del viento en los cabellos,
cierta pausa del golpe
cierta esquina del brazo
que podemos torcer mientras caemos.

Es tan sólo el extremo de un signo,
la punta sin pensar de un pensamiento.
Pero basta para evitar el fondo avaro de unas manos;
y la miseria azul de un Dios desierto.

Se trata de doblar algo más una coma
en un texto que no podemos corregir.

3

Cada uno se va como puede,
unos con el pecho entreabierto,
otros con una sola mano,
unos con la cédula de identidad en el bolsillo,
otros en el alma,
unos con la luna atornillada en la sangre
y otros sin sangrar, ni luna, ni recuerdos.

Cada uno se va aunque no pueda,
unos con el amor entre dientes,
otros cambiándose la piel,
unos con la vida y la muerte,
otros con la muerte y la vida,
unos con la mano en su hombro
y otros en el hombro de otro.

Cada uno se va porque se va,
unos con alguien trasnochado entre las cejas,
otros sin haberse cruzado con nadie,
unos por la puerta que da o parece dar sobre el camino,
otros por una puerta dibujada en la pared o tal vez en el aire,
unos sin haber empezado a vivir
y otros sin haber empezado a vivir.

Pero todos se van con los pies atados,
unos por el camino que hicieron,
otros por el que no hicieron
y todos por el que nunca harán.

4

Nos quedamos a veces detenidos
en medio de una calle,
de una palabra
o de un beso,
con los ojos inmóviles
como dos largos vasos de agua solitaria,
con la vida inmóvil
y las manos quietas entre un gesto y el que hubiera seguido,
como si no estuvieran ya en ninguna parte.
Nuestros recuerdos son entonces de otro,
a quien apenas recordamos.

Es como si prestásemos la vida por un rato,
sin la seguridad de que nos va a ser devuelta
y sin que nadie nos la haya pedido,
pero sabiendo que es usada
para algo que nos concierne más que todo.

¿No será también la muerte un préstamo,
en medio de una calle,
de una palabra
o de un beso?

5

Caer de vacío en vacío,
como un pájaro que cae para morir
y de pronto siente que va seguir volando.

Caer de lleno en lleno,
como un antipájaro que enrola en su anticaída
los espacios compactos donde no se cae.

Caer de línea en línea,
hasta abandonar el dosel de las líneas
y caer en lo abierto,
desnudo hasta de forma.

Caer de vida en vida,
pero adentro de esta vida,
hasta que nos detenga como un cuerpo plenario
el resumen del ser.

Y entonces dar vuelta la caída
y volver a caer.

6

Llega un día
en que la mano percibe los límites de la página
y siente que las sombras de las letras que escribe
saltan del papel.

Detrás de esas sombras,
pasa entonces a escribir en los cuerpos repartidos por el mundo,
en un brazo extendido,
en una copa vacía,
en los restos de algo.

Pero llega otro día
en que la mano siente que todo cuerpo devora
furtiva y precozmente
el oscuro alimento de los signos.

Ha llegado para ella el momento
de escribir en el aire,
de conformarse casi con su gesto.
Pero el aire también es insaciable
y sus límites son oblicuamente estrechos.

La mano emprende entonces su último cambio:
pasa humildemente
a escribir sobre ella misma.

Para Roger Munier

Desbautizar el mundo,
sacrificar el nombre de las cosas
para ganar su presencia.

El mundo es un llamado desnudo,
una voz y no un nombre,
una voz con su propio eco a cuestas.
Y la palabra del hombre es una parte de esa voz,
no una señal con el dedo,
ni un rótulo de archivo,
ni un perfil de diccionario,
ni una cédula de identidad sonora,
ni un banderín indicativo
de la topografía del abismo.

El oficio de la palabra,
más allá de la pequeña miseria
y la pequeña ternura de designar esto o aquello,
es un acto de amor: crear presencia.

El oficio de la palabra
es la posibilidad de que el mundo diga al mundo,
la posibilidad de que el mundo diga al hombre.

La palabra: ese cuerpo hacia todo.
La palabra: esos ojos abiertos.

8

En los últimos límites
se está siempre completamente solo.
Y aunque el aprendizaje haya comenzado muy temprano,
recién allí comprobamos inexorablemente
que esa soledad no se aprende.

La vida es demasiado breve
o el hombre demasiado incompleto
para poder llegar a comprender ciertas cosas,
que resultan, sin embargo, imprescindibles.

Si esta experiencia del final
hubiera estado al comienzo,
quizá nadie hubiese aceptado vivir.
Y en lugar de la vida y el hombre
quedaría nada más que un racimo incidentalmente cortado,
como testimonio del incesto del vacío.

Y también la extrema frustración de la muerte,
su impotencia.
Junto a un árbol más antiguo que el mundo.

9

Aquello que ignoramos de algo
es lo mismo que lo salva y nos salva.
Lo que le falta a la rosa para ser la rosa
es lo que le permite dar su color y su fragancia
antes de morir.

Sólo lo incompleto es soportable,
por lo menos transitoriamente,
porque al final todo resulta insoportable,
desde las apretadas aberturas del amor
hasta el círculo abierto de las tumbas.

Por eso sólo el luto está de fiesta
y basta un puño para encerrar al infinito.
Por eso sólo se puede vivir nada más que cierto tiempo,
cerrando a cada rato los ojos
y mirando en los intervalos cada balanza
como si fuera un sextante equivocado.
Por eso la única forma de ser otro
es ser un poco menos uno mismo
y el único modo de imitar algo parecido a dios
es dejar de ser uno totalmente.

Por eso el lunes es la mitad del martes
y la sombra la mitad de la luz.
Y por eso ha llegado el tiempo de callarse,
aunque sólo la eternidad sepa callar.

10

La desahuciada viudez de las cosas,
no sólo su orfandad inevitable,
la condena a llevar un hueco siempre al lado
y a ser cada una el índice
que señala otra cosas que falta.

Basta con repasar las más próximas:
no hay copa que esté llena del todo,
no hay ojo que no precise un suplemento,
no hay balcón que avance suficientemente en el vacío,
no hay fórmula en la que no falte por lo menos una cifra,
no hay libro que no haya perdido algunas páginas,
no hay dios que no carezca de algo de existencia.

Por otro lado,
la reunión de lo que hay y lo que falta
equivaldría a duplicar la viudez de las cosas.
Pero ya que lo entero es imposible,
resta en cambio la resignada esperanza
de que la mitad sea la verdadera unidad
y la viudez al fin resulte
lo entero de las cosas.

Y también el estado natural de las cosas.

11

Tal vez el sueño nos reúna en otra parte,
libre ya de los costales en que albergamos la vigilia,
suelos de los arreos con que nos disfrazamos
de agricultores de la luz.

Tal vez el pueblo de la noche hacia adentro
no necesita plaza para congregar su asamblea,
ni portal, ni ágora, ni parlamento,
sino tan sólo la visión y la imagen liberadas.

Y quizás en el fondo sin censor de cada uno
se acuña la moneda para el intercambio de todos,
la transacción sin interés del encuentro sin límites,
la forma de ser uno que se gana en ninguno.

Tal vez el sueño nos abra la salida
hacia la única posibilidad de eternizarnos,
no como una suma de perfiles truculentos,
sino como polvo de mínimas estrellas
en una penumbra compartida.

12

El corazón no está herido a la altura del pecho
sino a la altura del vuelo de los pájaros.
Hay un perfume en la flor del pensamiento
que deshace los nidos
y corrompe las corrientes del aire.
La palabra es un breve animal nuevo
que apenas se atreve a caminar sobre la piel.
Y entre éstos y otros moderados enigmas
asoman las vicisitudes de un rostro
que parece formarse desde afuera.

Es la zona donde los espejos se atrasan
como relojes impotentes
y donde la vida puede acostumbrarse
a cualquier otra cosa que no sea la vida.
Es la zona donde el tiempo hace equilibrio
como un enano maltrecho
sobre el escaso borde de una pared que no distingue
entre un lado y otro lado.

Y ya que no hay noticias de que nadie se haya dormido,
no se trata de los vaivenes de un sueño que alguien sueña,
como tampoco de las livianas figuras de un azar descontrolado,
sino tan sólo de una impaciencia de la antigua paciencia del ser.

(*) Los poemas comprendidos en la presente selección y numerados aquí correlativamente, como suele hacer su autor siempre que hace el mismo la selección, pertenecen a los siguientes libros: *Poesía vertical*: 1 y 2; *Segunda poesía vertical*: 3; *Tercera poesía vertical*: 4; *Cuarta poesía vertical*: 5; *Quinta poesía vertical*: 6; *Sexta poesía vertical*: 7; *Séptima poesía vertical*: 9, 10, 11, 12; y "En los últimos límites", con el número 8, poema que no hemos podido saber a qué libro pertenece.

